

Presentación

Los artículos que forman la parte monográfica de este número de *Studia et Documenta* están centrados en el Madrid de los años treinta del siglo XX, una etapa crucial en el devenir del Opus Dei, por tratarse de su primer decenio de existencia. En términos generales, esta década ha pasado a la historia como un tiempo difícil con un final catastrófico. Golpeado por la gran depresión que siguió a la crisis bursátil de 1929, el acontecer mundial quedó marcado por un crecimiento de las tensiones dentro de muchos países y en las relaciones internacionales. Soplaron pronto vientos de guerra: primero en oriente, con la invasión japonesa de Manchuria, y luego en occidente como fruto del progresivo desafío totalitario, especialmente de Hitler, a partir de mediados de los años 30. Inesperadamente, España, que ocupaba entonces en el contexto internacional un puesto secundario, quedó colocada en el centro de ese reñidero mundial como consecuencia de la guerra civil que estalló en ella en 1936; un conflicto que dividió a la opinión en muchos países casi tanto como a los españoles. En esa guerra, en efecto, los dos bandos integraron combatientes de muchas nacionalidades, y no hubo opinión pública que no se dividiera ante el conflicto que padecía España. Muchos lo consideraron un anticipo de la guerra que viviría el mundo poco más tarde. Tal interpretación, aun siendo verdad en parte, olvida que la Segunda Guerra Mundial pudo haberse evitado, y margina los factores puramente internos que motivaron el conflicto español, que constituyeron sin duda su causa más próxima y siguen siendo fundamentales para comprender la historia de una guerra sobre la que tanto se ha escrito.

Los trabajos que presentamos aportan nuevos datos acerca de san Josemaría y el Opus Dei, sobre todo para los años 1930-1934. Van precedidos por una introducción a la historia del Madrid de la época, de Julio Montero y Javier Cervera, excelente resumen de lo que se ha publicado sobre la cuestión, y en parte fruto de investigaciones originales suyas. Siguen otros cuatro artículos: uno de José Luis González Gullón y Jaume Aurell acerca de los sacerdotes que colaboraron con san Josemaría en los primeros años; una semblanza biográfica de Luis Gordon, uno de los primeros miembros del Opus Dei, de Pedro Pablo Ortúñez; un análisis de Federico Requena sobre la devoción al Amor Misericordioso en san Josemaría en esas fechas, y una introducción a la relación entre

Josemaría Escrivá de Balaguer y el Patronato de Santa Isabel, del que fue rector en estos años, escrita por Beatriz Comella.

La lectura de estos trabajos produce un interesante efecto de entrelazamiento de fibras que inicialmente cabría imaginar inconexas: la vida de la capital española, las de un grupo de sacerdotes que allí trabajaban, la de un empresario dedicado a la fabricación de malta, la descripción de una de las tareas pastorales de san Josemaría, y el acercamiento a una de las devociones entonces relevante tanto en su vida de piedad como en la religiosidad popular. Las historias se entrecruzan de forma explícita, aunque no buscada de intento. Es una consecuencia lógica de que su punto de partida sea el interés por la historia de Josemaría Escrivá de Balaguer y del Opus Dei, pero ocurre de tal manera que el conjunto conforma algo así como un relato coral, tan a la moda en la narrativa cinematográfica de los últimos años. Una de las ventajas de ese tipo de relato, junto a la viveza contrastante propia de la descripción de varias personalidades, es que deja espacio a la reflexión del lector, que debe completar ese leve entrelazamiento ayudado por sus conocimientos previos o las ilaciones que logra establecer. De esa forma, al finalizar la lectura, se tiene la sensación de estar no solo ante unas cuantas fibras, sino ante un tejido que ayuda a comprender, o al menos a intuir, realidades que no son objetivo directo de ninguno de los textos pero que están presentes en todos: cómo era san Josemaría, cómo vivió esa época, y cómo iba tomando cuerpo el Opus Dei en unos años que podríamos llamar “de soledad” de su fundador.

Si tuviera que resumir la imagen que me han transmitido estos artículos, diría que me han acercado a la vida de un joven sacerdote, que era también un joven doctorando, un joven fundador a quien las cosas no parecían salirle muy bien ni, desde luego, a la primera, y un enamorado de Dios. También llama la atención su capacidad de crear lazos de amistad con personas muy variadas. Alegre, con corazón y muy próximo: la gente que se acercaba a él se sentía muy bien a su lado. Por eso es llamativo cómo debió someter sus aficiones a su condición de fundador: por amigo que fuera de algunos sacerdotes, y esfuerzo que pusiera en reunirlos, cuando intuyó que eso no le servía para trabajar en lo que Dios le pedía, no dudó en desmontar aquello laboriosamente conseguido hasta entonces. Algo análogo parece suceder en su vida interior: aunque fuera grande su devoción al Amor Misericordioso, la deja de lado en lo que toca a hacer el Opus Dei cuando comprende que no forma parte de la misión que le compete como fundador. Más cortantes todavía aparecen las historias de amigos y fieles del Opus Dei que fallecen jóvenes, a veces en muy duras circunstancias. Son indicios de hasta qué punto purificación y dolor fueron ingredientes de su vida en ese tiempo.

A mi juicio, resultan especialmente interesantes las referencias detalladas a algunas de sus primeras decisiones como fundador, y a la fe y fortaleza que supuso

tomarlas. Se observa claramente en el caso de las reuniones de sacerdotes, pero también en la creación del primer instrumento apostólico, la academia DYA, o en la renuncia a los medios económicos que pudieran haberle llegado a través de una herencia. Son momentos en que parece percibirse el contraste entre el joven sacerdote, acogedor, amable y buen amigo, y el hombre que debe tomar decisiones aun a precio de contrariar y contrariarse para afirmar una realidad a cuyo servicio se sabe llamado. Decisiones, por otra parte, que no llegan de golpe ni a la primera: se describen o intuyen –a veces la documentación no admite otra cosa– sus tanteos, avances, pruebas y retrocesos, éxitos y fracasos. Por otra parte, la limitada escala temporal de estos estudios permite observar esa actividad suya con una cronología reducida, de pocos años, meses, o incluso semanas, lo que de por sí supone una interesante aportación. Además, como telón de fondo y fundamento de los hechos narrados, asoma siempre la intensa comunión de san Josemaría con Dios, la clave que explica por qué, a pesar de todo, nunca se sintió solo ni fracasado. Pienso que también ahí cabe cifrar la razón por la que los acontecimientos externos influyen de forma tan restringida en su quehacer y en su toma de decisiones. Es notable su independencia de criterio respecto a los acontecimientos de carácter general más relevantes en esos años: resultados electorales, violencia social, golpes de Estado..., apenas si se perciben como decorado de un acontecer en el que hay otros protagonistas principales. Ante todo, el que podemos llamar puramente religioso, un ámbito en el que los hechos sociales y políticos aparecen como empequeñecidos o al menos con una escala diferente a la que ordinariamente se les asigna. No es que al fundador del Opus Dei no le interesen esos avatares: le interesan y mucho. Pero sucede que su modo de verlos, desde la fe, los redimensiona.

Considero que es una interesante lección para los historiadores cuando debemos acercarnos a realidades de mayor calado, como las religiosas. Si se compara la contribución del artículo que resume las aportaciones historiográficas sobre la época con la microhistoria de los personajes que proporcionan las otras colaboraciones, no es difícil encontrar argumentos para matizar o al menos replantearse lo que a veces consideramos verdades asentadas acerca de cómo fue aquel tiempo. Yo situaría en primer lugar la necesidad de reconsiderar el enfoque marcadamente, si no exclusivamente político con que a veces analizamos el comportamiento de los católicos y en especial de los eclesiásticos. Si se olvida que para ellos la intención primera, el motor de su actividad, no tenía una finalidad política querida como tal, se está fracasando en el intento de comprenderlos y se ha cerrado la puerta a la posibilidad de describirlos de forma fidedigna.

Por otra parte, los nuevos detalles que ofrecen estos estudios nos colocan, como de costumbre, ante preguntas no formuladas hasta ahora. Esto es evidente

para el artículo que trata del Patronato de Santa Isabel, que es sobre todo un anuncio de lo que nos interesa saber sobre el particular; pero situaría también entre los interrogantes que suscita la lectura de estas páginas la historia de la Academia DYA, y las de los primeros fieles del Opus Dei. Cronológicamente, eso equivale a interesarse por los años 1934 en adelante. Confiamos en que próximas investigaciones puedan afrontar pronto de forma pormenorizada ese periodo, en el que el Opus Dei entra en una fase de crecimiento y consolidación distinta de lo que habían sido los años precedentes. En cuanto a san Josemaría, las aportaciones del estudio de Federico Requena sobre su devoción al Amor Misericordioso, plantean la conveniencia de abordar de forma similar su relación con otras devociones y con los clásicos de la espiritualidad, también como forma de aproximarnos con más precisión a la historia del perfil espiritual del fundador del Opus Dei.

Pablo Pérez López
Profesor Titular de Historia Contemporánea
Universidad de Valladolid (España)